

VICTORIA POR MEDIO DE LA DERROTA

Por A. W. Tozer

“Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.” Génesis 32:28

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.” Gálatas 6:14

La experiencia de muchos hombres que caminaron con Dios en tiempos pasados nos enseña que el Señor no puede bendecir plenamente a un hombre si primero no le ha conquistado. El grado de bendición de que un hombre disfrute será directamente proporcional al nivel de la victoria de Dios en su vida. Este es un principio tristemente descuidado del credo de los cristianos, no comprendido por muchos en esta época de autoafirmación y, sin embargo, de vital importancia para todos nosotros.

Este principio está muy bien ilustrado en el libro de Génesis, el astuto Jacob, quien trabó del calcañal a su hermano al nacer, fue un hombre cuya fortaleza se convirtió en una debilidad casi fatal. Las dos terceras partes de su vida llevó en su naturaleza algo duro e inquebrantable. Ni su gloriosa visión en el desierto, ni su larga y amarga disciplina en Harán pudieron quebrantar su pernicioso fortaleza. El que se detuvo en el vado de Jaboc cuando caía el sol fue un viejo y astuto maestro de sicología aplicada, que había aprendido a duros golpes.

La imagen que él proyectaba no era nada favorable; al contrario, era la de un vaso que se había dañado en el proceso de fabricación. Su esperanza yacía en su propia derrota, un hecho que él no conocía al ocaso del día, pero que habría de aprender antes de la salida del sol. Toda la noche resistió a Dios, hasta que el Señor, en su bondad, le tocó el encaje de su muslo y lo venció. Recién entonces, después que hubo experimentado una humillante derrota, comenzó a disfrutar del gozo de la liberación de su perversa fortaleza; la dicha de haber sido conquistado por Dios. Luego clamó por la bendición y rehusó irse antes que ella le fuera concedida. Había tenido una larga lucha, pero para Dios (y por razones que sólo él conocía) Jacob valía la pena. Ahora, él era otro hombre, el rebelde y terco de antaño había sido transformado en un manso y digno amigo de Dios. Por fin, Jacob había prevalecido, pero no en razón de su fuerza, sino de su debilidad.

Sólo el que ha sido conquistado puede conocer la verdadera dicha. Esta es sana filosofía, basada en la vida y aun en la esencia de las cosas. No necesitamos aceptar esta verdad ciegame, ya que hay razones evidentes que la sustentan. Entre ellas destacamos las siguientes: Somos seres creados, y como tales, dependientes, sin existencia propia. En lo referente a la vida, estamos completa y continuamente supeditados a Dios, quien es el origen y fuente de la vida. Sólo por medio de una completa dependencia de él podemos llegar a realizar las potencialidades de nuestra naturaleza. Desprovistos de esto, no somos sino hombres incompletos, malformados e indeseables miembros de una noble raza que fue creada a la imagen de su Creador.

Cierta vez, en la antigüedad, Dios declaró que ante él había llegado el fin de toda carne, Los años no mitigaron para nada aquella sentencia: *“los que viven según la carne no pueden agradar a Dios...”* *“Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden...”* *“Porque el ocuparse de la carne es muerte”* con tales palabras Dios ha perpetuado la antigua sentencia de condenación. Y así, lo admitamos o no, la sentencia de muerte está sobre nosotros, y demostraremos sabiduría si aprendemos a no confiar en nosotros mismos sino en Aquel que resucita a los muertos. ¡No se cómo nos atrevemos a poner nuestra confianza en algo tan efímero, tan huidizo como la vida humana!

El hombre sabio, yo lo sé
Descanso no ha de hallar
En lo que habrá de perecer.
Tampoco va a dejar
A su corazón depender
En nada que sea temporal.

A través de cuatro siglos estas palabras nos han hablado, y en momentos de quietud y meditación, sentimos y sabemos que dicen la verdad. ¿Por qué entonces, ponemos nuestra confianza en cosas que perecen, convirtiéndonos de ese modo en víctimas incautas de lo temporal y en necios siervos de lo mutable? ¿Quién envenenó nuestra copa y nos convirtió en rebeldes? La serpiente antigua, el diablo. El es quien al principio, nos indujo a formular esa apresurada declaración de independencia; una declaración que en vista de las circunstancias, es ambas, sumamente graciosa y profundamente trágica. El enemigo debe reírse al ver nuestra increíble necedad de querer contender con nuestras fuerzas contra el Todopoderoso. Esta es la mayor comedia cínica; la tragedia se derrama con las lágrimas y la tristeza al lado de cada tumba.

Conociendo un poco nuestro propio corazón admitiremos que en nosotros mismos no hay esperanza, y una sola mirada a nuestro alrededor bastará para mostrarnos que no podemos esperar ninguna ayuda de afuera. La misma naturaleza nos enseñará que somos, sin Dios, huérfanos en medio de la creación, niños abandonados en el espacio, criaturas indefensas atrapadas en medio de un torbellino de fuerzas demasiado grandes para dominar.

Progresivamente, a través del mundo ruge un poder inmenso e invisible que va dejando tras sí generaciones, ciudades, civilizaciones. La tierra, nuestro hogar por poco tiempo, lo único que puede ofrecernos es una tumba. Para nosotros nada es seguro, nada es favorable. En el Señor hay misericordia, pero no en el mundo, pues la naturaleza y la vida siguen indiferentes al bien y al mal, al dolor y a la tristeza humana.

Si Dios enfrentó a Jacob aquella noche a la orilla del río, fue para salvarlo de una esperanza ilusoria. Tenía que vencerlo para salvarlo de su autoconfianza, para arrebatarle el control de sí mismo y luego ejercer sobre él su gran poder y gobierno con la vara del amor.

Carlos Wesley, el dulce cantor de Inglaterra, con una profundidad espiritual poco común aun entre cristianos maduros, escribió, identificándose con Jacob, lo que él entendía que pudo haber sido la oración del patriarca mientras luchaba con Dios en el vado de Jaboc:

No tengo fuerzas, mi naturaleza muere;
Me hundo bajo la poderosa mano de Dios;
Desmayo al revivir y caigo al levantarme;
Caigo, y sin embargo por la fe,
Estoy de pie y no te dejaré partir, Señor;
Estoy de pie, hasta que tu nombre,
Tu naturaleza sepa,
Impedido como estoy, aferro la presa;
El infierno, la tierra y el pecado
Fácilmente son vencidos;
Salto de alegría y prosigo mi camino,
Y como un ciervo que salta, vuelvo a casa
Para probar por la eternidad
Que tu naturaleza y tu nombre, Dios, es amor.

Haríamos bien en orar que Dios nos invada y nos conquiste, pues, hasta que esto no suceda, estaremos expuestos al peligro de miles de enemigos. Llevamos en nosotros mismos la semilla de nuestra propia destrucción. Nuestra imprudencia moral nos coloca siempre en peligro de la autodestrucción, ya sea accidental o por nuestra irreflexión. La fuerza de nuestra carne es un peligro constante para nuestra alma. La liberación puede venir a nosotros solamente por la derrota de nuestra vieja vida. La seguridad y la paz sólo llegan después que hemos sido obligados a arrodillarnos.

Dios nos salva quebrantándonos, despedazando nuestras fuerzas y aniquilando nuestra resistencia. Posteriormente, él irrumpe en nuestra naturaleza con su vida, aquella vida eterna que es desde la eternidad. De esa manera nos conquista, y por esa benigna conquista, él nos salva de nosotros mismos.

Con este “secreto a voces” esperando ser descubierto, ¿Por qué en casi todas nuestras febriles actividades actuamos yendo en otra dirección? ¿Por qué edificamos nuestras iglesias sobre el fundamento de la carne? ¿Por qué le damos tanta importancia a aquello que Dios ha repudiado hace mucho tiempo y despreciamos aquellas cosas que él tiene en alta estima? No estamos enseñando a los hombres a morir con Cristo, sino a vivir en la fuerza de su decadente humanidad. No nos gloriamos en nuestra debilidad, sino en nuestra fuerza. Los valores que Cristo declaró como falsos vuelven al favor evangélico y son promovidos como la misma vida y sustancia del cristianismo.

Con cuanta ansiedad buscamos la aprobación de este o aquel hombre famoso; con cuanta desvergüenza explotamos a las celebridades que se convierten al Señor. Cualquiera servirá, si ello contribuye a quitar el “oprobio” de la oscuridad de nuestros líderes, ansiosos de publicidad: Atletas famosos, congresistas, viajeros trota mundos, ricos industriales; nos inclinamos ante ellos con sonrisas zalameras y los honramos en nuestras reuniones públicas y en la prensa religiosa. De esta manera glorificamos a los hombres para acrecentar el valor de la iglesia de Dios, y la gloria del príncipe de Vida depende de la fama pasajera de un mortal.

Es asombroso que nos proclamemos seguidores de Cristo y que, sin embargo, tomemos tan livianamente las palabras de sus siervos; porque no podríamos actuar como lo hacemos si tomáramos seriamente la amonestación de un siervo de Dios como Santiago, cuando dice:

Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?” Santiago 2:1-5

Pablo veía estas cosas desde un punto de vista diferente de aquellos de quienes Santiago se queja. *“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.”* Gálatas 6:14. La cruz donde Jesús murió llegó a ser también la cruz donde su apóstol murió. La pérdida, el rechazo, la vergüenza pertenecen a Cristo y a todos aquellos que en verdad son suyos. La cruz que los salva también los mata; Algo inferior a esto no es la verdadera fe, sino una burda imitación.

Pero ¿Qué podemos decir si la gran mayoría de nuestros líderes evangélicos no viven como hombres crucificados sino como aquellos que aceptan el mundo con todo su valor rechazando solamente los elementos más groseros? ¿Cómo podemos mirar de frente a Aquel que fue crucificado y muerto, cuando vemos a sus seguidores aceptados y alabados por el mundo? Sin embargo, ellos predicán la cruz y proclaman a viva voz que son verdaderos creyentes. Entonces ¿hay dos cruces? ¿lo que Pablo dice es diferente de lo que ellos dicen? Yo siento que sí, que hay dos cruces: La antigua cruz y la nueva cruz.

Recordando mis propias imperfecciones, quiero pensar y hablar con amor de todos aquellos que se llaman a sí mismos con el digno nombre con el cual los cristianos somos llamados. Pero mirando bien las cosas, la cruz del evangelismo popular no es la cruz del Nuevo Testamento; más bien, es un nuevo y brillante adorno sobre el pecho de un cristianismo carnal y seguro de sí mismo, cuyas manos son, realmente, las manos de Abel, pero cuya voz es la de Caín.

La antigua cruz amaba a los hombres; la nueva les entretiene. La antigua cruz condenaba, la nueva divierte. La antigua aniquilaba la confianza de la carne, la nueva la estimula. La antigua cruz traía consigo lágrimas y sangre, la nueva provoca hilaridad. La carne, sonriente y confiada de sí misma, predica y canta acerca de la cruz. Se inclina ante ella y la señala con una estudiada actitud teatral. Sin embargo, la carne se niega a morir en aquella cruz y obcecadamente rehúsa llevar su vituperio. ¿Acaso la nueva cruz no gana nuevos adeptos y logra muchos seguidores teniendo, de esta manera, la ventaja del éxito numérico? ¿No deberíamos adaptarnos a estos tiempos tan cambiantes? ¿No hemos oído, acaso, el reciente slogan de “Nuevos tiempos, nuevos argumentos? ¿Quién sino alguien anticuado y poco evolucionado va a insistir en la muerte como el camino indicado para la manera de vivir actual? ¿Quién está interesado, en estos tiempos, en un misticismo aburrido que condena a la carne a una cruz, y recomienda la humildad como una virtud que deben practicar los cristianos modernos? Estos son los argumentos que se presentan, amén de algunos más, que

son petulantes y pretenden dar una apariencia de sabiduría a la cruz hueca y vacía del cristianismo popular.

Hay muchos que, sin duda, ven la tragedia de nuestro tiempo. Pero ¿por qué permanecen callados cuando su testimonio es tan necesario? En el nombre de Cristo los hombres han hecho vana la cruz de Cristo. “Voz de cantar oigo yo” hubiera dicho Moisés. Es que los hombres dieron “forma con buril” a una cruz de oro, y delante de ella se sientan “a comer y a beber” para luego levantarse “a regocijarse”. En su ceguera han sustituido la obra de Dios por la obra de sus propias manos. Por esa razón, quizás, nuestra necesidad más grande en el día de hoy, sea el advenimiento de un profeta que quebrando las tablas de piedra al pie del monte, llame a la iglesia al arrepentimiento o a juicio.

Ante todos los que quieren seguir a Cristo, el camino se extiende expedito. Es el camino de la muerte hacia la vida. La vida siempre se encuentra un poco más allá de la muerte e invita al hombre, hastiado de sí mismo, a acudir y recibir una vida más abundante. Pero, para alcanzar esta nueva vida debe pasar a través del valle de sombra de muerte. Yo sé que al escuchar estas palabras muchos se volverán atrás y no seguirán a Cristo. Pero *“¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”*.

También, puede haber muchos seguidores muy dispuestos que retrocedan por no querer aceptar la morbosidad que la idea de la cruz parece connotar. Ellos son amantes del sol, y les resulta difícil pensar en vivir siempre en las sombras. No desean alternar con la muerte ni vivir siempre en una atmósfera de moribundos. Y su instinto no está errado. La iglesia se ha excedido en escenas de agonías, cementerios y funerales. El olor a moho de las iglesias, el paso lento y solemne del ministro, el susurro de los devotos y el hecho de que muchos entran a un templo sólo para dar el último adiós a los muertos, forman la noción que tienen sobre la religión: Que es algo pavoroso. Y la soportan como a una operación de cirugía: No queda más remedio que enfrentarla. Todo esto no es la religión de la cruz, sino una burda parodia.

El cristianismo de cementerio, aun cuando ni remotamente está relacionado con la cruz, en parte puede ser el culpable de la imagen que tiene la nueva y festiva cruz de hoy. Los hombres anhelan la vida, pero cuando se les dice que la vida viene por la cruz, no pueden comprender cómo se llega a eso, pues han aprendido a asociar la cruz con imágenes típicas como placas conmemorativas, atrios en semipenumbra y hiedra trepadora. Rechazan el verdadero mensaje de la cruz y con él la única esperanza conocida de vida para los hombres.

Realmente, Dios nunca propuso que sus hijos vivieran para siempre colgados de una cruz. Cristo mismo soportó la cruz por sólo seis horas. Cuando la cruz concluyó su obra, la vida irrumpió y estableció su dominio. *“Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre”*. A la triste crucifixión siguió la gloriosa resurrección. Pero, para llegar a esta, previamente tenía que haber pasado por aquella.

La vida que no llega a la cruz se torna en una existencia reprobada y efímera, destinada, por fin, a perderse sin remedio. Por el contrario, aquella que va a la cruz y allí se pierde para resucitar nuevamente con Cristo, es un tesoro divino y eterno. La muerte no puede tener dominio sobre ella.

Cualquiera que se niegue a llevar su vieja vida a la cruz está tratando de burlar a la muerte; y no importa cuan denodadamente luche contra ello, está condenado a perder su vida. El hombre que toma la cruz y sigue a Cristo pronto hallará que tiene una orientación opuesta a la del sepulcro; la muerte queda atrás y le espera una vida plena y gozosa. Sus días sucesivos estarán marcados no por la lobreguez eclesiástica, ambiente de cementerio, tonos menores, ropaje negro. ¡Toda una mortaja para una iglesia muerta! Sino por un “gozo inefable y glorioso”.

La verdadera fe debe significar algo más que una simple aceptación pasiva. No puede ser menos que la rendición de nuestra reprobada naturaleza adámica para llegar a un fin lleno de misericordia sobre la cruz. Eso significa que admitimos el justo juicio de Dios sobre nuestra carne y, también, el derecho que le asiste a poner fin a su indeseable trayectoria. Nos reconocemos crucificados con Cristo y resucitados a una nueva vida. Donde exista esta fe y este reconocimiento, Dios siempre obrará de acuerdo a ellos.

Luego comienza la conquista divina de nuestra vida. Dios la logra por una efectiva posesión de nuestra naturaleza, una abrupta conquista amorosa. Cuando él ha dominado nuestra resistencia, nos ata con cuerdas de amor y nos atrae a sí mismo. Allí, abatidos por su hermosura, yacemos vencidos, y agradecemos a Dios una y otra vez por su bendita conquista. Allí con la sanidad moral restaurada, alzamos nuestra vista y bendecimos al supremo Dios. Luego, salimos en fe, para asir aquello para lo cual fuimos primeramente asidos por Dios.

“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.”²⁶ Sí, Padre, porque así te agradó.”

Mateo 11:25-26

Tomado de un antiguo número de la revista “El mensaje de la cruz”

Distribuido por:

CURSOS BÍBLICOS
Apartado 2.459
28080 MADRID

correo-e:

cursosbiblicos2000@gmail.com

Página web

<http://cursosbiblicos2000.jimdo.com/>